

savonarola y machiavelli*

un diálogo sobre el estado

Girolamo Savonarola y Niccoló Machiavelli fueron contemporáneos en la Florencia del siglo quince. Cuando Savonarola, fraile y prelado de San Marco, era la persona política predominante en la República de Florencia, Machiavelli, que era diecisiete años más joven, apenas empezaba su carrera en el Servicio Civil florentino. Machiavelli, el hijo empobrecido de una antigua familia toscana, no perteneció jamás al partido de frailes y llegó a ser Secretario de Estado solamente después de la caída de Savonarola. Al principio, despreciaba a Savonarola. Cuando le oyó predicar por primera vez, escribió informes desdeñosos sobre sus sermones en las cartas a sus amigos. Mas posteriormente, habló y escribió sobre él siempre con gran respeto, aunque a veces lo censuraba. El que Savonarola y Machiavelli se hayan encontrado y hablado en los últimos meses de la vida del fraile es un hecho que sólo puede conjeturarse, pero si esta entrevista se verificó, debe suponerse que haya tenido lugar en 1548 en la celda de la prisión en que Savonarola, habiendo ofendido al Papa y perdido su poder político, que pasó a sus enemigos, estaba esperando la ejecución.

Savonarola. No hacen falta ceremonias, Señor Machiavelli. Nunca les daba importancia. Además, el hecho de que esté aquí donde estoy tiene un ribete algo irónico.

Machiavelli. Pero Fra Girolamo, le ruego acceda a esta entrevista, puesto que su única finalidad es satisfacer mi propia curiosidad. No llegué como un funcionario del Estado. Estoy aquí en calidad de estudioso de historia, de política, de lo que los antiguos escritores llamaban "El arte de legislación".

* Tradujo del inglés: Miguel Luban.

Savonarola. No soy una autoridad en los antiguos escritores, si por ello usted entiende a los escritores paganos. Siempre he considerado que el estudio de las Escrituras Santas es más importante.

Machiavelli. Pero, usted es una autoridad en el arte de gobernar al Estado.

Savonarola. No me inmiscuía jamás en la política. Soy un humilde fraile dominicano. Las gentes insinúan que soy ambicioso y que deseaba obtener el capelo de cardenal. Créame que si hubiera deseado una cosa semejante, no hubiera llevado este traje desgarrado. No, el único carmesí que jamás haya deseado, es el que llevaba Cristo, un sombrero enrojado con la sangre de mártir.

Machiavelli. No se me ocurre acusarle de "inmiscuirse" en la política, Fra Girolamo. Asimismo se perfectamente que usted jamás ambicionó un cargo, seglar o eclesiástico. Empero, si usted nunca ha sido un hombre de Estado, en el sentido más estricto de la palabra, ha sido maestro de hombres de Estado; otras personas actuaban, pero llevaban a cabo la política de usted. Y, dado que me presenté como estudiante, usted entenderá por qué quisiera charlar con un maestro.

Savonarola. ¿Qué piensa usted que puedo yo enseñarle ahora, hallándome rechazado, derrotado y condenado a muerte?

Machiavelli. Usted podría enseñarme la lección, tanto de la derrota como del éxito político. Para el historiador esto sería tanto más interesante.

Savonarola. ¿Y no es usted un funcionario público?

Machiavelli. Soy, hasta la fecha, un funcionario público muy insignificante.

Savonarola. "Hasta la fecha". Así, ¿tiene usted esperanzas para el futuro?

Machiavelli. ¿No es el servicio al público y al Estado la meta más alta que un hombre pueda perseguir?

Savonarola. No. El servicio a Dios es la meta más alta. Estoy de acuerdo con usted que el servicio al Estado es una cosa honorable. Pero, el deseo de servir al público con frecuencia encubre el deseo de alcanzar el poder.

Machiavelli. Entonces, hablamos de la consecución del poder: Aun cuando mis ambiciones más bien sean las de un administrador antes que las de un político, no abrigo el deseo de revestirlas con prendas de moralidad.

Savonarola. No podemos hablar del poder, a no ser que hablemos de la moralidad. El hecho de que el poder sea bueno o malo depende del carácter del Estado que lo usa.

Machiavelli. Estoy seguro de que ningún Estado es perfecto, ni lo será jamás. Quizá, una de las razones por las cuales usted, Fra Girolamo, ha tropezado con obstáculos...

Savonarola. No use de eufemismos. Tropecé con algo más que obstáculos. Muy pronto seré colgado y mi cuerpo será quemado.

Machiavelli. Quería decir que una de las razones por las cuales las cosas cobraron este cariz pudiera ser el hecho de que usted haya querido hacer perfecta a Florencia.

Savonarola. Jamás creí que Florencia o cualquier otra República pudiera ser perfecta. Esperaba que nuestra República pudiera cambiarse, mejorarse, reformarse, levantarse del abismo de vicios y del egoísmo en que se despeñó, así como del paganismo en que había recaído bajo el gobierno de Medici. Pero, jamás creí que Florencia pudiera convertirse en paraíso terrestre.

Machiavelli. Por supuesto, no un paraíso terrestre, ya que la constitución del paraíso es probablemente monárquica antes que republicana.

Savonarola. No estoy seguro de la intención con que usted está hablando, pero lo que dice es del todo correcto. En efecto, siempre consideraba que la constitución republicana es la más factible aunque no perfecta. En un Estado perfecto tendríamos el gobierno absoluto de un hombre absolutamente bueno. Como

quiera que ningún hombre es absolutamente bueno, rechazo el principio del gobierno absoluto en favor de un sistema más democrático.

Machiavelli. Estoy completamente de acuerdo con ello. El mejor argumento en favor del gobierno republicano, de la democracia, de la libertad, etcétera, no se basa en la perfectabilidad del hombre, sino en su imperfección. Los príncipes y oligarcas son mucho más corruptibles que las masas. El sistema republicano o democrático disminuye la corrupción, al distribuir el poder más ampliamente y facilitar un cambio pacífico. No creo que sea posible abolir la corrupción del todo. La superioridad del sistema republicano reside en que él reduce la corrupción al mínimo. Aparte de esto, ¿no es la libertad deseable de por sí?

Savonarola. No necesariamente. Yo mismo alentaba el amor a la libertad en el pueblo florentino, pero sólo a condición de que hicieran un buen uso de ella. Trataba de demostrar que la libertad que valga la pena es la libertad de hacer lo recto, y no la libertad de satisfacer sus propios deseos. Desearía que nadie amase la libertad por ella misma. El cristiano no ama a nada por la cosa misma, sino por Cristo.

Machiavelli. Así, Fra Girolamo ¿usted está en favor de la libertad y la democracia sólo porque ellas conducen a una meta religiosa?

Savonarola. Sí.

Machiavelli. No es mi modo de pensar. Considero que la finalidad es política y que los medios son religiosos. Estoy en favor de la religión, porque ella puede conducir a la libertad, pero no todas las religiones, como tales.

Savonarola. Desde luego que no.

Machiavelli. No todas las religiones conducen a un gobierno republicano sano. Por ejemplo, su propia religión no conduce a tal fin.

Savonarola. ¿Habla usted de la religión cristiana?

Machiavelli. Sí, el cristianismo es una de las religiones menos satisfactorias. Ante todo, ella no conduce a la virtud. A fin de comprobarlo, basta con mirar no más allá que al jefe actual de la cristiandad, Rodrigo Borja, el Papa Alejandro VI.

Savonarola. Sería raro, si yo defendiese la moralidad del Papa actual, en vista de todo lo que he dicho pú-

blicamente acerca de sus vicios monstruosos. Pero, usted no debe juzgar a la Iglesia por los que la gobiernan y la deshonran.

Machiavelli. Los vicios no se limitan a los príncipes de la Iglesia. Se expandieron en toda Italia, tal como usted mismo ha dicho repetidas veces. Admito que en algunas comunidades y órdenes religiosas no existe semejante corrupción. Pero Italia en su totalidad se volvió una nación depravada e irreligiosa, puesto que el cristianismo dejó de cumplir con la primera tarea de cualquier religión, a saber, enseñar y mantenerla.

Savonarola. No niego que la Iglesia en varios casos llegó a ser un obstáculo para la rectitud. Esto ha sido la gran pena y vergüenza de mi vida. Empero, el hecho de que ella sea Iglesia y además, la única y verdadera Iglesia, sigue en pie.

Machiavelli. Hay algo más que decir sobre ello. El cristianismo es el mayor obstáculo para la unidad de Italia, puesto que el Papa es demasiado endeble para reunificar a Italia bajo su propia guía, pero lo suficientemente fuerte para impedir que ella se reunifique bajo la guía de cualquier otra persona.

Savonarola. Quizá sea la voluntad de Dios que la reunificación de Italia no se lleve a cabo tan pronto como quisiéramos. Debemos ser pacientes.

Machiavelli. ¿Pacientes? Creo que usted tocó el meollo del asunto. La objeción más fuerte que puede hacerse al cristianismo es que él enseña virtudes falsas. Glorifica a los hombres contemplativos y humildes. Inculca el desprecio a las cosas mundanas y exalta el principio de la abnegación. Todo esto es adverso a la libertad, puesto que no podéis mantener un Estado libre, a no ser que sus ciudadanos sean valerosos y patriotas, orgullosos de sí mismos y de su República.

Savonarola. El cristianismo nos enseña que la humildad puede remontarse sobre el orgullo. Nos enseña a creer en el triunfo de la cruz.

Machiavelli. En la historia no hay pruebas de que la humildad se sobrepone al orgullo. Por el contrario, los amigos consideran siempre que la humildad, es pusilanimidad y le abandonan, y los enemigos la toman por cobardía que invita a la agresión. No Fra Girolamo, los argumentos contra el cristianismo son contundentes. ¡Cuánto mejor era la religión de la antigua Roma! Allí existía una religión que educaba el carácter en los ciudadanos y mantenía al Estado unido, religión

que inculcaba una verdadera *virtù*, y no su ultramontanismo autodestructivo, sino el valor y la fortaleza del espíritu público.

Savonarola. Usted pregunta: ¿Cuánto mejor? Su pregunta es tan sorprendente que apenas puedo entenderla. Todo lo que puedo decir es que esto no es una cuestión de historia, de tal o cual ejemplo que usted pueda encontrar en ella, sino de la verdad. La religión cristiana es la religión verdadera. La religión de la antigua Roma era falsa.

Machiavelli. ¿Qué es la verdadera religión, sino la que conduce al pueblo a la *virtù*? La religión romana lo hacía así. La religión cristiana no lo hace.

Savonarola. La religión romana era un culto brutal de idolatría, lascivia y crueldad. Era una religión mala y falsa.

Machiavelli. ¿Cómo puede comprobar que ella era falsa o que la religión cristiana es verdadera? Muchos lo han negado.

Savonarola. La verdad del cristianismo no descansa en la creencia de pecadores. Uno de los rasgos terribles del pecado es que él ciega a los hombres y les impide ver la verdad. Nuestra religión descansa tanto en la razón como en la revelación, en las pruebas lógicas que son evidentes para la mente bien ordenada y en las revelaciones que Dios concedió a los creyentes.

Machiavelli. Usted no tendrá dificultad alguna en vencerme con las pruebas lógicas, pero si interpreté bien a Aquinas, aquellas pruebas racionales no son más que las pruebas de la existencia de Dios, y yo nunca negué que Dios existe. Lo que ellas no demuestran es que Dios es tal como los cristianos lo representan, o bien que su voluntad no es lo que ellos piensan.

Savonarola. Por ello hace falta la revelación.

Machiavelli. Pero la mayoría de nosotros no recibe la revelación, Fra Girolamo. No somos privilegiados, como usted lo ha sido, como para poder charlar con Dios. Usted, después de todo, es un profeta.

Savonarola. No soy profeta. Digo a usted lo que dije a mis jueces, cuando me acusaban de ser un falso profeta: "No soy profeta; jamás he pretendido serlo".

Machiavelli. Pero usted ha profetizado correctamente. Todos saben bien que usted predijo la llegada de Carlos VIII a Italia en 1493. En efecto, pudiera decirse

que ello fue el inicio de su ascendiente en Florencia, puesto que las gentes jamás habían soñado con el peligro antes de que usted los pusiera en guardia, y cuando el peligro apareció, exactamente como usted lo predijo, es natural que se hayan vuelto hacia usted, pidiendo que las guiara.

Savonarola. Un hombre puede a veces hablar como profeta, sin serlo. Usted recordará, si ha leído la Santa Biblia, que Amas, Mica y Zacarías, e incluso Juan Bautista, han negado ser profetas. Y cuando en el potro de tormento yo negaba ser profeta, no repudiaba nada de lo que jamás aseveraba.

Machiavelli. Con o sin razón, las gentes pensaban que usted era un profeta. Creían que usted podía operar milagros. Me imagino que por eso hubo reacción popular tan fuerte cuando nada sucedió con motivo de la ordalía por fuego.

Savonarola. Desgraciadamente, este incidente desventurado se debió al celo excesivo de mis amigos. Pero, déjeme explicar lo que aconteció. Domencio de Percia, un fraile de mi orden, imprudentemente provocó una disputa con ciertos franciscanos. Estos propusieron que uno de ellos caminase a través del fuego llameante junto con Domencio. La ordalía tenía por propósito comprobar el poder de la fe como para proteger a la persona de mi hermano. Pese a las dudas, di mi consentimiento, pero sólo después de pensar cuidadosamente y rezar. Entonces, cuando el fuego ya estaba encendido y todo estaba listo, los franciscanos se negaron a acceder a la solicitud de Domencio de que llevara consigo la hostia a través de las llamas, y él se negó de ir sin ella. Es la única razón por la cual la ordalía no se verificó.

Machiavelli. Aun siendo así, usted no negará que la multitud se congregó en el mercado, esperando que usted haría un milagro, y cuando quedó decepcionada, se volvió contra usted. Déjeme apresurarme a decirle que yo no estaba influenciado por semejantes cosas, ya que no creo en los milagros.

Savonarola. Tampoco yo creo en los milagros del hombre. Los únicos milagros que reconozco son aquellos que son obra de Dios.

Machiavelli. De seguro, si ellos son obra de Dios no constituyen milagros. No habría nada milagroso, si el creador omnipotente del universo hiciera algunas variaciones en su ordenamiento. Un universo irregular no

es más milagroso que regular; en efecto, en mi opinión, más bien sería menos milagroso. Desde luego, sería milagroso, si un hombre pudiese modificar el curso de la naturaleza, pero si el Creador omnipotente modificara su curso, ello no tendría nada de milagroso. Estoy de acuerdo en que los hombres están sorprendidos por lo que llaman milagros de Dios, pero lo están únicamente porque en su ignorancia conceptúan a Dios como un ser igual a ellos mismos, limitado en sus poderes.

Savonarola. Si usted niega todos los milagros, está obligado a admitir un milagro aún más grande. Piense en los efectos prodigiosos producidos por Cristo en el mundo. Si él ha podido hacer todo esto, sin milagros, ¿no sería ello aún más sorprendente, ya que sus obras han superado con mucho el poder de falsos dioses? Piense en cuántos hombres han estado dispuestos a morir por él.

Machiavelli. El hacer que los hombres estén dispuestos a morir no constituye un gran servicio, a no ser que se haga de tal modo que estén dispuestos a morir por su patria.

Savonarola. Usted habla como un verdadero creyente en los cultos paganos.

Machiavelli. En este mundo ninguna comunidad política puede sobrevivir, a no ser que sus ciudadanos estén listos para destruir a sus enemigos. Es bastante fácil constituir una confederación libre y republicana. La dificultad reside en conservarlos. Hace cinco años la aplastante mayoría de los habitantes de esta ciudad estaba dispuesta a aceptarle a usted, Fra Girolamo como Pericles de Florencia. Durante algún tiempo lo hacían así, pero piense en cuán pronto ellos han cambiado.

Savonarola. La multitud es voluble.

Machiavelli. Pero, usted hubiera debido saberlo antes. ¿Por qué no ha tomado las medidas de precaución? ¿No cree usted que hubiera debido tratar a sus adversarios de un modo más severo?

Savonarola. Por el contrario, me pregunto a mí mismo si no estaba demasiado severo.

Machiavelli. Reconozco que usted incitó a las gentes a que se apoderasen de Piero Medici y le cortasen la cabeza, pero posteriormente abogó por la reconciliación con sus partidarios.

Savonarola. Es la lección de Cristo que debemos amar a nuestros adversarios.

Machiavelli. Esto no es la lección de la historia. Esta lección me parece ser más y más clara. Después de la revolución es preciso aniquilar a los enemigos. De otra suerte, seguirán viviendo en nuestra República, al igual que los hombres en el caballo de madera de Troya, esperando el momento de poder aniquilarla. La República de Roma era más fuerte que la Ciudad-Estado de Atenas, puesto que los romanos no cometieron el error de los atenienses de tolerar al enemigo en su seno. Un príncipe no puede estar a salvo en su principado, mientras que los que han sido despojados de aquél estén con vida, ni tampoco los ciudadanos de una República libre pueden estar seguros, mientras que no maten a los "hijos de Bruto".

Savonarola. ¿Y si los "hijos de Bruto" son muy numerosos?

Machiavelli. Tanto más necesario será matarlos.

Savonarola. Esta matanza total es contraria a la voluntad de Dios. La ética cristiana permite matar a soldados armados y hostiles en una guerra justa y ejecutar a los criminales sentenciados a muerte por los jueces debidamente nombrados, pero no permite el asesinato a sangre fría de adversarios políticos.

Machiavelli. Piero de Medici no era un soldado armado, ni un criminal condenado en justicia. Si era justo cortar su cabeza, no veo cómo puede ser injusto cortar algunos centenares de cabezas como la suya. ¿Hacen los números que el principio sea diferente?

Savonarola. Hay una gran diferencia entre un solo tirano, cuya culpabilidad era sobradamente evidente, y un gran número de gentes, cuya culpabilidad está solamente en potencia, Señor Machiavelli. Sin embargo, estoy totalmente de acuerdo en que lo recomendado por usted se halla en plena consonancia con la moral cruel y bárbara de la antigua religión romana.

Machiavelli. Admito que hubo ferocidad en la religión romana. Los sacrificios sangrientos servían para la finalidad útil de inspirar a los hombres con virtudes militares. Sin embargo, no creo que haya habido más crueldad en esa religión que en el cristianismo. Ambas religiones creen en los tormentos del infierno. Pero los tormentos son mucho menos terribles en la religión romana que en la vuestra, en que son eternos.

Savonarola. No hay nada de irracional en la idea del castigo eterno. Al igual que la justicia humana aisla a los criminales de la comunidad mediante la reclusión, exilio o la pena de muerte, la justicia divina los rechaza para siempre del cielo.

Machiavelli. La duración del castigo humano no es eterna y varía, según la magnitud de los crímenes. No sería justo si no fuera así.

Savonarola. El castigo humano no se infringe por un pecado cometido en un tiempo, sino que por la rebelión infinita de la voluntad del pecador. Dios ofreció a los hombres, a través de Cristo, la remisión total de pecados, pero si ellos rechazan la salvación deben vivir en la expiación interminable de su culpa.

Machiavelli. ¿En las llamas del infierno?

Savonarola. Sí, en las llamas que no se extinguirán jamás. Recuérdese de que los cuerpos de los condenados no serán consumidos jamás. Las llamas del infierno atormentarán, pero no destruirán la carne. La agonía será eterna.

Machiavelli. Fra Girolamo, usted condenó como bárbara mi propuesta de que se mate a los enemigos de la nueva República, y estoy de acuerdo en que esto es una medida muy drástica. Sin embargo, ella infringe a las víctimas sólo una agonía momentánea a golpes del hacha del verdugo, o sea en el peor de los casos, las llamas que liberarían a la criatura de sus sufrimientos en pocos minutos. No obstante ello, usted cree que semejante sufrimiento debe infligirse a los hombres no momentáneamente, sino eternamente. No veo cómo usted puede acusarme de crueldad.

Savonarola. La justicia de Dios es omnisciente. Nadie irá al infierno, a no ser que merezca con creces ese castigo tremendo.

Machiavelli. Pero yo mismo le oí predicar respecto del pecado original. Si no estoy equivocado, usted dijo que los hombres serán castigados no sólo por sus propios pecados, sino también por los de sus padres y antepasados.

Savonarola. No hay nada de raro en esto. Cuando a nuestro primer padre se hizo el don del libre albedrío y la posibilidad de elegir entre el bien y el mal, y él escogió el mal, con esto privó a la posteridad de la rectitud original. La privación de la rectitud original por parte del primer hombre es un pecado para toda

la humanidad, en vista de que por su participación en la naturaleza humana, todos los hombres se consideran como un solo hombre, cuyo jefe era Adán y todos los demás hombres se consideran como miembros.

Machiavelli. De seguro podemos castigar con justicia a un hombre sólo porque él eligió nacer. Ningún hombre viviente eligió ser el hijo de Adán o participar en la naturaleza humana. ¿Cómo puede ser justo que otro hombre tenga que ir al infierno, a causa de que Adán eligió el mal?

Savonarola. Ningún hombre irá simplemente al infierno, a causa de que Adán eligió el mal. Un hombre irá al infierno, porque él mismo volvió las espaldas a Dios y rechazó la salvación. Por eso no sólo es justo que se le castigue, sino también deberíamos regocijarnos de sus sufrimientos. Es un motivo de gloria que los depravados se quemem eternamente en el infierno.

Machiavelli. Esta clase de gloria se me escapa.

Savonarola. En todo caso, usted no encontrará en el castigo infligido por Dios a los pecadores, una justificación de su política de asesinar a los "hijos de Bruto".

Machiavelli. No buscaba tal justificación. Esta política será sancionada por sus resultados. El fin justifica los medios.

Savonarola. Esto no es así, cuando los medios sean malos. Aun cuando usted pueda lograr un buen resultado cometiendo un pecado, éste seguirá siendo un pecado y por eso una acción mala.

Machiavelli. Usted ha dicho que la guerra es lícita y admitirá que en guerra tenemos que matar y lesionar a nuestros hermanos. Estos actos constituirían pecados si se cometiesen para fines diferentes. Así, si ellos son lícitos en guerra, la única causa de esto puede ser el hecho de que su finalidad los redime.

Savonarola. Dije que la guerra justa es lícita.

Machiavelli. ¿Qué es la guerra justa? Una guerra librada con buenas finalidades. Cuando usted dice que es justo matar en tal guerra, admite el principio de que el fin justifica los medios.

Savonarola. El fin no justifica los medios pecaminosos.

Machiavelli. Si hubiera matado a un hombre, a fin de apoderarme de sus bienes, usted diría, con razón, que ello era pecaminoso. Pero, si hubiera matado a un hombre en campo de batalla, a fin de defender a mi

país, ello no sería pecaminoso. ¿Cuál es la diferencia entre aquellos actos, si no las metas que ellos persiguen?

Savonarola. Se trata de dos actos diferentes. El primer caso es un homicidio. El segundo no lo es.

Machiavelli. ¿No fue Aristóteles quien dijo que el homicidio es injusto por definición? No cabe duda sobre la cuestión de saber si el homicidio es justo o injusto, puesto que el vocablo "homicidio" significa "asesinato injusto". Pero "asesinar" no es necesariamente un acto culpable por definición de modo que puede plantearse el problema de saber si el asesinato es justo o injusto. Afirmo que no es injusto, cuando constituye la condición necesaria para la supervivencia de la República. Matar en una batalla es una de estas condiciones necesarias. Matar a "los hijos de Bruto" es la otra.

Savonarola. Usted puede salvaguardar a la República. Empero, ¿qué pasará con la vida venidera? Su política de exterminio despiadado pudiera prosperar durante algún tiempo en este mundo, pero será castigado en el mundo futuro. Pagará la tremenda retribución de la cual ya hemos hablado.

Machiavelli. Usted habla del "exterminio despiadado", como si me hubiera vanagloriado con ello, tal como, según usted dijo, los cristianos se regocijan con el sufrimiento de los condenados. No hago nada semejante. Odio el pensamiento de infligir penas. Empero, pienso que a veces ello es ineludible y creo que lo mejor que uno puede hacer es arrostrar este hecho. En Florencia existe la tendencia a cerrar los ojos con el fin de no ver las cosas desagradables, o de llamarlos por otros nombres que las tornan agradables. Usted recordará cómo ellos cambiaron el nombre del Consejo de Diez para Guerra por el del Consejo de Diez para Paz y Libertad.

Savonarola. Soy yo quien propuso esta reforma. Tenía en miras algo más que el cambio de nombre; mi meta fue consignar un cambio del espíritu y de principios.

Machiavelli. Pero ello no consignó un cambio en funciones. El Consejo de Diez seguía responsable de la guerra y no de la paz y, de hecho, se hallaba en el proceso de librar una guerra. Me desagrada esta clase de hipocresía. Conduce a que los hombres se engañen a sí mismos y ello es siempre dañino, aun cuando a veces engañar a los demás sea una cosa excelente. De una manera general, el fraude es infinitamente mejor que el uso de la fuerza.

Savonarola. De nuevo usted me sorprende. El fraude constituye siempre un pecado.

Machiavelli. Así, ¿usted preferiría ser matado antes que ser engañado?

Savonarola. No se trata de saber qué sufrimiento elegiría, sino de la acción que tendría que elegir.

Machiavelli. ¿Usted, Fra Girolamo, piensa que el uso de la fuerza es mejor que el fraude?

Savonarola. Esta cuestión puede inducir a error. Tal como usted mismo mencionó hace un rato, Aristóteles señaló que algunas acciones son culpables por definición. El fraude, a este respecto, es igual al asesinato pero, por otra parte, el uso de la fuerza no es siempre culpable. La fuerza usada en nombre de la autoridad legal y moral es del todo lícita. El uso de la fuerza con malicia es injusta y a veces puede ser incluso peor que el fraude. El problema gira en torno de la cuestión de saber en defensa de qué principio se usa la fuerza. Sabemos que, incluso Dios, a veces usa la fuerza. Pero es inconcebible que Dios cometa un fraude.

Machiavelli. Tenía en mira únicamente a los hombres. El fraude es mucho más útil que la fuerza para un hombre que desea escalar altas posiciones en el mundo, y lo que rige respecto de los individuos se aplica también a los Estados. Una República en un principio es demasiado endeble como para poder contar solamente con la fuerza. De ahí la importancia del fraude. Roma no dejó de usar éste. Mirad cómo, mediante engaño, ellos redujeron a servidumbre a sus vecinos latinos, ofreciéndoles espurios tratados de alianza.

Savonarola. Ni siquiera admitiría que el fraude es una política sagaz aparte de su maldad. Pudiera darse el caso de que un hombre de Estado obtuviera un éxito ocasional mediante el fraude, pero no podría repetir el golpe ya que, una vez comprobado, no se creería más en sus palabras. Nada es tan perjudicial para el éxito como la reputación de obrar con engaño.

Machiavelli. Ciertamente, el fraude es peor que inútil, cuando no alcance sus metas. Un hombre de Estado no debe nunca dejarse sorprender en fraude, o adquirir la reputación de que usted habló.

Savonarola. Es fácil adquirir esta reputación. Los aliados latinos de Roma han descubierto pronto que han sido engañados.

Machiavelli. Pero, en aquel entonces fue demasiado tarde para ellos para hacer algo al respecto.

Savonarola. Es una observación muy cínica.

Machiavelli. Hablo en favor del fraude no porque lo amo, sino porque no amo la fuerza, y el fraude constituye una alternativa a la fuerza. El fraude es mejor, porque no ocasiona sufrimientos físicos, y mejor en el sentido de que obra de un modo más eficiente. En efecto, pudiera preguntarse: "¿Qué sería la diplomacia sin el elemento de fraude?"

Savonarola. Diría que cierta simulación y disimulación existen en la diplomacia. Pero, recuérdese que incluso Aquinas dijo que hay circunstancias en que el equívoco es lícito.

Machiavelli. ¿Simulación? ¿Disimulación? ¿Equívoco? Prefiero, tal como dije, las palabras más llanas, más bien lo llamaría fraude.

Savonarola. Pero no es siempre fraude. No es siempre injusto encubrir toda la verdad. Sin embargo convengo en que la distinción es delicada. Asimismo pienso que no se debería arriesgar la prosperidad en el mundo eterno por la prosperidad en este mundo.

Machiavelli. El fraude se justifica, al igual que la fuerza, por el valor de la meta que logra.

Savonarola. De nuevo usted habla de los fines. Pero, ¿cuál es el verdadero fin del hombre?

Machiavelli. No sé. Me imagino que usted diría salvación. Yo diré que es la felicidad.

Savonarola. Entonces, yo diré también que es la felicidad. Pero, ¿qué es la verdadera felicidad? De seguro, una felicidad sin mezcla de pena o dolor, hallarse en una situación en que no pueda desearse nada más. Pero, en esta vida nadie puede estar satisfecho al grado de no desear nada más. No podemos tener en esta vida la felicidad que anhelamos. Por esto tenemos que mirar a la vida más allá de la muerte. El don de salvación que Cristo ofrece no es algo que puede comprarse a costa de la verdadera felicidad. Por el contrario, sólo aceptado este don podemos encontrar la verdadera felicidad.

Machiavelli. Usted mismo, Fra Girolamo, ha dicho que ella puede comprarse sólo al precio del placer.

Savonarola. Comprada al precio del placer sensual, sí. Por eso he dicho al pueblo de esta ciudad que cierren sus teatros y burdeles y dejen de jugar y bailar. Lo hicieron, pero no lo hicieron por su propia volun-

tad. Han tomado demasiado cariño a los placeres y a sus vicios. Les he dicho: "Expulsen a los pederastas y a las prostitutas. Expúlsenlos de la ciudad so pena de muerte".

Machiavelli. ¿Qué dice usted de las hogueras? ¿No mandó usted a niños de casa a casa durante el tiempo del carnaval, a fin de que recogieran todas las cosas que proporcionan placer al pueblo, de modo que usted pudiera quemarlas en la plaza del mercado?

Savonarola. Sí, quemamos todas sus vanidades: dados, naipes, tablas reales, los adornos de mujeres, polvos y afeites, el cabello postizo, así como libros y canciones lascivos, instrumentos musicales, flautas, laúdes y arpas.

Machiavelli. Incluso arpas. Sin embargo, se nos dice que las arpas serán oídas en el paraíso.

Savonarola. Algunas gentes han pensado así.

Machiavelli. Entonces, debe suponerse que el arpa no es una fuente del placer pecaminoso.

Savonarola. En esta vida, semejante música puede distraer las mentes de los hombres de las cosas más importantes. La única cosa buena en este mundo es la contemplación de Cristo.

Machiavelli. Estoy dispuesto a admitir que es la única cosa buena para los sacerdotes y monjes y sería deseable que ellos se limitaran a esto. Pero, usted no podrá sostener que la misma vocación es conveniente también para los legos, ya que, en tal caso, la misión especial de la clerecía dejaría de tener cualquier significado. Usted empezó por excluir los placeres sensuales y pecaminosos y terminó por desterrar todos los placeres de esta vida, incluso los del espíritu: poesía, música y arte.

Savonarola. ¿No declaró Platón mismo, de quien todo el mundo habla ahora en Florencia con máximo encomio, que era necesario expulsar de la República a los poetas y artistas? ¿No habló él contra la música y el drama y no declaró que los únicos libros que deberían tolerarse son los que conducen a los hombres a la rectitud?

Machiavelli. Sin embargo, se dice que Platón era poeta él mismo y oí decir, Fra Girolamo, que usted ha escrito versos.

Savonarola. Nunca tuve la intención de condenar el arte de la versificación como tal, sino solamente el abu-

so de ella por los que se honran como poetas. Estos hombres se honran porque se les juzga por la elegancia de su metro y rima, pero estas cualidades carecen de verdadero valor. ¿Cuál es el valor de un barco pintado y decorado, si no navega y lleva a los pasajeros al puerto? ¿Para qué sirve halagar los oídos de los oyentes, si se olvida su alma inmortal? La única verdadera poesía es la que conduce a los hombres a Cristo, y es la única que vale la pena conservar.

Machiavelli. Los antiguos poetas no han oído hablar de Cristo.

Savonarola. Entonces, su poesía no vale la pena ser leída. Al fin y al cabo, la poesía más grande se encuentra en las Santas Escrituras, en que vimos la belleza de la sabiduría y la majestad de la Providencia. En vez de nutrir el espíritu de los hombres con un acervo de palabras, la Biblia los imbuye con el conocimiento de la realidad y proporciona un alimento maravilloso al espíritu.

Machiavelli. Me parece que usted quisiera despojarnos de todo lo que hace la vida plena y rica y convertirnos en una raza de monjes y monjas que leen la Biblia.

Savonarola. Si usted cree en verdad en su propio principio de que el fin justifica los medios, estaría de acuerdo con lo que estoy diciendo, puesto que el camino es duro y la meta tiene un valor. Es nada menos que la perfección.

Machiavelli. Pero, usted mismo admitió que la perfección es inalcanzable.

Savonarola. En esta vida, sí.

Machiavelli. ¿No cree que con los medios que recomiendo pueda lograrse la meta que propone? Usted podría abolir la cultura de las gentes mediante la legislación: su música, arte y cultura e incluso su civilización. Esto no sería imposible. Pero, no podría abolir su sensualidad mediante la legislación. Usted no puede abolir la lujuria en los corazones de los hombres quemando a Bocaccio o hacer que la vanidad desaparezca en las mujeres destruyendo sus joyas y adornos.

Savonarola. ¿Olvidó el ejemplo de la antigua Roma? Usted ha dicho que esto debería ser nuestro modelo. ¿No existían en Roma leyes suntuarias? ¿No restringió la *Lex Oppia* la extravagancia en los vestidos de mujeres? ¿No castigó la *Lex Julia de Adulteriis* el adul-

terio? Recuérdese también la *Lex Didia* y la *Lex Licinia*.

Machiavelli. La lección que se desprende de aquellas leyes reside precisamente en su fracaso. Han sido introducidas en un período en que hacía falta la reforma política en Roma. Pero, en vez de reformar sus instituciones, los gobernantes de Roma trataban de reformar a los ciudadanos. En verdad, las instituciones eran la fuente de la corrupción y las leyes que usted mencionó se introducían gradualmente, a medida que el pueblo iba tornándose más y más corrompido. Pero las leyes no pusieron freno a su declinación moral. Menos aún pudieron ellas hacer que los hombres fueran buenos.

Savonarola. La reforma de las instituciones y de la moralidad de los hombres deben ir de consumo. Esto es la lección de mi propio fracaso en Florencia. Hemos cambiado con facilidad las instituciones. No era difícil copiar la constitución de Venecia, pero resultó ser mucho más difícil cambiar los corazones de los hombres. Dios sabe que yo traté de hacerlo. He dicho a los hombres que si ellos lograsen purificar sus vidas y espíritus, pensando siempre en el bienestar común y olvidándose de sus propios intereses, lograrían una gloria mayor que todas las ciudades de la antigüedad.

Machiavelli. No debemos esperar aprender demasiado de la historia. La historia puede enseñarnos cómo lograr una meta, pero no puede proporcionarnos la meta misma. Por ejemplo, aunque yo creo que el gobierno republicano es mucho mejor que la monarquía, si se me preguntara cómo un príncipe debería gobernar su principado, podría contestarle simplemente refiriéndome a los ejemplos históricos. Podría demostrarle hasta qué grado es necesario ser respetado en su propia casa y temido en el extranjero y cómo un príncipe podría adquirir este ascendiente sobre las mentes de los hombres. La historia contesta a todas estas preguntas, puesto que ellas se hallan en el reino de los medios, pero cuando pasamos al reino de los fines, la historia no nos dice nada.

Savonarola. ¿Entonces, le convencí a usted de que existe algo más sublime?

Machiavelli. Jamás he aseverado que la historia puede decirnos qué es lo que debemos desear. Ella puede solamente decirnos cómo obtener lo que deseamos. Se da el caso de que usted y yo queremos cosas diferen-

tes. Su meta es la bienaventuranza en el mundo venidero; la mía es la felicidad en este mundo.

Savonarola. No existe necesariamente un antítesis entre la bienaventuranza presente y la felicidad futura.

Machiavelli. Entonces, en teoría, la misma forma de gobierno pudiera conducir a ambas metas. En todo caso, estamos de acuerdo en que éste debería ser republicano. Pero creo que nuestro acuerdo no va más allá, puesto que vuestra República es teocrática, libre sólo en el sentido de que los hombres son libres de hacer lo que deben hacer, a saber, tornarse idóneos para entrar en el paraíso, mediante una autonegación incansable. En mi República los hombres serán libres de hacer lo que quieren, a condición de que no infrinjan la ley.

Savonarola. ¿Libres de satisfacer sus deseos, por ruines que sean?

Machiavelli. Una República no duraría mucho tiempo, si sus ciudadanos fueran hombres con deseos viles. Una República funcionará bien sólo si sus ciudadanos están preparados para la libertad, es decir, si poseen la virtud cívica. Es necesario que los miembros de una comunidad política deseen vivir juntos, se respeten unos a otros y respeten los derechos de cada quien, que amen a su país y a sus instituciones, que obedezcan la ley y no traten de eludirla siempre.

Savonarola. ¿Con qué frecuencia espera usted reunir estas condiciones?

Machiavelli. No con mucha frecuencia. La libertad es una idea muy halagadora, pero muy pocas sociedades saben conservarla. Si los hombres no están acostumbrados a la libertad y se liberan de repente mediante una revolución, son como animales salvajes que han estado en cautiverio y de golpe han sido soltados. Han olvidado cómo vivir de un modo independiente, y se hacen víctimas del primer hombre que trate de encadenarlos de nuevo.

Savonarola. Siempre he pensado que la condición necesaria para la libertad es que los hombres prescindan de sus intereses y deseos egoístas y deseen únicamente lo que es bueno para todos.

Machiavelli. Esto es así, pero no creo que podamos eliminar los conflictos del todo, o incluso que esto sea deseable. En cada República existen dos posturas diferentes, la de la clase poseyente y la del populacho, y a mí me parece que toda legislación favorable a la

libertad se introduce mediante el choque entre estas dos clases. Puede ser que el populacho sea ignorante, pero no es estúpido y puede saber dónde aprieta el zapato. El populacho consciente de su interés de clase reclamará instituciones democráticas favorables a la libertad, a condición de que no se abuse de ellas. Por otra parte, la clase poseyente inteligente corregirá cualquier exceso de democracia, que sea de tendencia conservadora, y presentará una alternativa a fin de impedir la dictadura ejercida por el partido popular.

Savonarola. No creo que una armonía pueda establecerse a resultas de este conflicto.

Machiavelli. Pero puede traer consigo el equilibrio, y la defensa de la libertad depende del equilibrio. Es menester una salvaguardia perpetua contra el abuso de la libertad. Los partidos políticos alternativos, que provienen de un conflicto social, constituyen una excelente salvaguardia puesto que, en tal caso, cada partido tiene miedo de perder su poder en favor del otro y ninguno de ellos se atreve a ir demasiado lejos.

Savonarola. Cuando el gobierno de Florencia fue reformado después de la caída de los Medicis, había una gran penuria en esta ciudad al lado de una gran opulencia. Usted sabe cuál fue nuestra política. Pusimos freno, mediante una ley, a la usura privada y constituimos un banco que prestaba dinero con intereses moderados. Pedía a los ricos renunciar a sus fortunas, puesto que yo no creo, como usted, que la lucha por los intereses de facciones pueda conducir a una sociedad sana. Desafortunadamente, la Iglesia misma es demasiado rica. Así, aunque Cristo era pobre él mismo, es difícil a un sacerdote cristiano enseñar la pobreza, y si habla de ella, nadie le entiende.

Machiavelli. Admito que cierta forma de igualdad sea una condición necesaria para la libertad. No me refiero a la libertad de los ricos y los pobres, sino a la igualdad de derechos políticos. Es imposible tener un gobierno republicano, cuando existe la nobleza hereditaria con sus castillos y vastos dominios.

Savonarola. Estoy de acuerdo con usted hasta cierto punto, pero recuérdese que incluso en Venecia, cuya constitución sirvió de modelo para muchas de nuestras reformas, existen dos clases: los nobles y los plebeyos.

Machiavelli. Pero en Venecia los nobles son nobles por su nombre antes que de hecho. El hombre "noble" es

un título de situación social, y no la indicación de un privilegio constitucional. Los "nobles" de Venecia constituyen la clase poseyente. No forman una verdadera aristocracia, no son hombres que usted encontrará en abundancia como en los castillos de barones de Lombardia y Romagna, así como en los Estados papales. Afortunadamente, semejantes castillos no existen en Toscana, ni tampoco tal clase feudal, de modo que un gobierno republicano cabe perfectamente en Florencia, Sienna y Lucca y asimismo en los lugares más pequeños. Si tales grandes nobles hubiesen existido, hubiéramos tenido que matarlos a fin de salvaguardar nuestras libertades republicanas.

Savonarola. ¿Tales hombres son "hijos de Bruto" también?

Machiavelli. En efecto, sí. Pero no afirmo que el tránsito de una sociedad feudal corrompida a una República patriótica libre puede efectuarse simplemente mediante la eliminación de la nobleza feudal. Debe haber necesariamente una etapa interna de autocracia. Piense en Moisés, Licurgo, Solón y en otros fundadores de reinados y repúblicas. Ellos no hubieran podido hacer lo que han hecho, si no hubieran ejercido un poder autoritario.

Savonarola. Sin embargo, hace un rato usted insinuó que yo ejercí en Florencia un poder o al menos una influencia demasiado autoritaria.

Machiavelli. No lo censuraba. Una autocracia a breve plazo —y es esencial que se breve— puede conducir a la libertad a largo plazo de un Estado recién fundado. Lo que censuraba en su poder no es el hecho de que éste haya sido demasiado grande, sino el que usted haya pedido demasiado al pueblo.

Savonarola. Pedí que ellos dejaran que sus vidas se gobernaran por Dios.

Machiavelli. Pero la religión no es toda la vida, ni tampoco la política lo es. Usted excluye la filosofía, la poesía, la música, el estudio, todos los ornamentos de una vida civilizada.

Savonarola. ¿Qué valen tales cosas, si uno que las posee pierde la salvación?

Machiavelli. Ellas son gloria de la humanidad.

Savonarola. Usted casi describe el ideal florentino de tiempos de Lorenzo de Medici. En aquel entonces había todos los ornamentos de la vida civilizada. De

hecho, los ornamentos se tornaron fines en sí mismos. Los hombres ni siquiera leían la Biblia, puesto que ella no era lo suficientemente clásica. Temían echar a perder su estilo literario. Usted mencionó precisamente lo que era malo en Florencia bajo Lorenzo de Medici. Los hombres vivían por la gloria de la humanidad, en vez de la gloria de Dios.

Machiavelli. Diría que lo malo en Florencia bajo Lorenzo de Medici era Lorenzo Medici. En aquel entonces teníamos el humanismo sin libertad.

Savonarola. Usted debe saber que Lorenzo, sobre su lecho de muerte, me pedía absolución. Se la ofrecí con tres condiciones. El aceptó dos. La tercera fue que devolviese la libertad a Florencia. El la rechazó. Por eso murió sin absolución. Lo que él se negó a dar, Florencia lo tomó de su hijo.

Machiavelli. Si usted se hubiera contentado sólo con la libertad, Fra Girolamo, hubiera podido todavía predicar en el *duomo* de San Marco. Echando una mirada retrospectiva, ¿no cree usted ahora que hubiera sido mejor salvar algunas almas antes que tratar de convertir del día a la noche una ciudad entera en una comunidad de santos?

Savonarola. No una comunidad de santos, sino solamente una comunidad de cristianos. Usted no puede seguir acusándome de predicar la perfectibilidad del hombre, puesto que he hablado repetidas veces de la pecaminosidad inherente del hombre. Aun siendo así, sería un gran error considerar que, puesto que la perfección es imposible, uno debe resignarse al mal.

Machiavelli. De seguro, si el mal no puede nunca ser eliminado, se debe uno resignar a su existencia.

Savonarola. No. Si adoptásemos esta actitud, el mal se acrecentaría. Debemos estar siempre en guerra contra él, aun cuando luchar contra el mal no sea suficiente. Después de todo, se nos ofreció la salvación. Y si aceptamos la salvación, si sabemos que seremos salvados...

Machiavelli. ¿Cómo puede uno saber que está salvado? Uno pudiera pensar que está salvado, pero no veo cómo podría verificarse, comprobarse y tener seguridad absoluta de su creencia como conocimiento firme.

Savonarola. La salvación encierra en sí su propia convicción interna.

Machiavelli. Desafortunadamente, muchas creencias falsas encierran en sí su propia convicción interna. La intensidad de una creencia no constituye una prueba de su verdad.

Savonarola. Existe un conocimiento dispensado por Dios, razón por la cual debería ser posible fundar una república verdaderamente cristiana, puesto que si todos los hombres supieran que su vida futura está asegurada, aceptarían gustosamente la disciplina necesaria en tierra para poder entrar al paraíso. Cuando los hombres piensan que la única vida que vale la pena es ésta, se vuelven malos ciudadanos, puesto que al tratar de apoderarse de todo lo que está a su alcance, mientras que todavía haya tiempo, se hacen enemigos, viviendo en competencia perpetua, o en estado de guerra, unos contra otros.

Machiavelli. Sin duda hay gran diferencia entre la competencia y la guerra. La guerra dentro de una sociedad seguramente será desastrosa, puesto que la finalidad original del gobierno consiste en frenar el Estado de guerra que existiría entre los hombres, si vivieran en condiciones de anarquía. Por otra parte, la competencia dentro de una sociedad es sumamente beneficiosa, ya que incita a los hombres para mejorarse. Tratando de ser más rico, más valiente, más educado y civilizado, y de una manera general más admirado que sus vecinos, cada hombre se levanta no solamente a sí mismo, sino todo el nivel de la comunidad.

Savonarola. Usted describe una sociedad en la que cada hombre obra en su propio interés.

Machiavelli. Es natural que cada hombre obre en su propio interés. Tenemos que enseñar a los hombres que amen a su país como a sí mismos, a veces más que a sí mismos. Pero todavía queda un amplio margen para el egoísmo, y está bien que éste exista, ya que seguramente no podríamos nunca eliminarlo por completo.

Savonarola. El amor de Dios puede remontarse sobre el egoísmo. En la sociedad que tengo en miras, una sociedad cristiana, habrá cooperación en vez de competencia, puesto que cada quien querrá a su vecino como a sí mismo. El orgullo, la concupiscencia, el deseo de poseer bienes, desaparecerán. Los hombres serán verdaderos hermanos, todos pensarán solamente en el bien común, tomando lo que necesita del acervo común y devolviendo lo que está en su poder dar. Nadie querría ser más rico o poderoso que su vecino.

Machiavelli. ¿Ni siquiera más religioso?

Savonarola. No habrá competencia por el favor de Dios. Todos desearán que su vecino sea tan recto como ellos mismos.

Machiavelli. Diría que es un deseo netamente paradisiaco.

Savonarola. Uno no debe temer ser considerado fariseo. Cuando llegué por vez primera a Florencia, me llamó la atención el hecho de que incluso los hombres rectos se hayan medio avergonzado de su rectitud. Supongo que ello fue resultado del ideal de la civilización que se formó bajo los Medicis, aquel deplorable ideal que coloca los modales por encima de la moralidad.

Machiavelli. Pero no debe exagerarse en otro sentido. Puede ser que los modales sean menos importantes que la moralidad, pero siguen siendo extremadamente importantes.

Savonarola. No importan a Dios.

Machiavelli. Pero ¿qué hay más ceremonioso que el ritual de la Iglesia? ¿Qué es dicho ritual, si no formas de la civilización encaminadas hacia Dios?

Savonarola. Es una observación correcta. Existen demasiadas ceremonias en la Iglesia. Hubo un tiempo en que las vasijas de Iglesia eran de madera, en tanto que las almas de los sacerdotes eran de oro. Ahora las vasijas son de oro, y las almas de los sacerdotes son de madera. Demasiado frecuentemente peor que de madera. Los sacerdotes se han retraído de Dios. Pasan sus noches con las prostitutas y sus días cotorrenado en coro.

Machiavelli. No estoy de acuerdo con usted sobre este punto. A diferencia de usted, no considero que la castidad sea una de las virtudes más sublimes. Pero, estoy de acuerdo en que la castidad no conviene al príncipe.

Savonarola. No conviene a ningún hombre. Piense en el mal que han hecho a Italia los príncipes y los hombres de Estado lascivos.

Machiavelli. Oí decir que un príncipe lascivo coadyuva a la causa de la libertad, puesto que un príncipe ocupado en sus placeres privados no se preocupará por la política. Pero esto es una ilusión. Nada se desvirtúa tan rápidamente como los placeres de la carne. Los

príncipes lascivos se aburren e interfieren de vez en cuando de un modo desastroso en el gobierno de sus principados. Así, estaría de acuerdo con usted, Fra Girolamo, en que la lujuria y la indulgencia hacia sí mismo en un príncipe o en otro gobernante es dañina. Al igual que Aristóteles, pienso que la moderación es esencial.

Savonarola. La moderación no salvará el alma de ningún hombre. La cosa más esencial es la creencia absoluta en la verdad de los dogmas cristianos, desde luego, juntamente con la pureza absoluta de la vida.

Machiavelli. Me doy cuenta de que antepone la fe a las obras.

Savonarola. Lo estoy haciendo así, porque ella es más necesaria para la salvación. Un hombre puede salvarse por la fe sola, pero no podría salvarse solamente por sus obras.

Machiavelli. Esto me parece ser una razón más para oponerme a vuestra religión. Lo que los hombres hacen es mucho más importante para la sociedad que lo que ellos creen. Lo que cuenta es su conducta y no lo que pasa en sus cabezas. Aparte de esto, dudo mucho de que incluso los sacerdotes de la Iglesia tengan una fe absoluta en la verdad de sus dogmas.

Savonarola. Usted puede ser difícilmente más severo para con los sacerdotes de nuestra Iglesia que yo mismo, Señor Machiavelli. La Iglesia debe ser purificada.

Machiavelli. ¿O bien una nueva Iglesia debe erigirse en su lugar?

Savonarola. No puede haber otra Iglesia. Usted podría erigir templos en honor de vuestras deidades paganas, o cualquier otro dios falso, pero existe sólo una Iglesia establecida en Roma por San Pedro.

Machiavelli. Pero si la Iglesia de San Pedro no puede satisfacer las necesidades religiosas de Italia harán falta otros templos. Como quiera que la Iglesia de San Pedro parece decaer, ¿no es posible predecir que serán erigidos otros templos de índole diferente?

Savonarola. Tiemblo al pensar en esto.

Machiavelli. Sin embargo, usted miró hacia el futuro y no tembló ante la visión de Italia destruida.

Savonarola. Esto era una advertencia y no una predicción, aun cuando todavía pueda suceder. He pre-

visto mi propia muerte ¿puedo decir mi propio martirio?, varias veces, y con seguridad ella está cerca de mí.

Machiavelli. Usted encara la muerte con valor, Fra Girolamo.

Savonarola. ¿Por qué tendría miedo por mí mismo, ya que tengo la promesa de la vida eterna? Tengo más miedo por mis jueces, por Florencia, por Italia. Mi muerte es un triunfo para los depravados y los que me sobreviven serán los únicos en sufrir. La peor de todas las formas de gobierno es el gobierno absoluto de los hombres absolutamente malos, al igual que la mejor forma es el gobierno absoluto de los hombres absolutamente buenos. Desafortunadamente, si no existe un hombre absolutamente bueno en la tierra, sí existen hombres absolutamente malos.

Machiavelli. Diría que hay muy pocos hombres absolutamente malos. Quizá los hombres prosperarían más si fueran absolutamente malos. De hecho, por lo común tratan de quedar en el medio entre ser buenos y ser malos, y con frecuencia renuncian a las ganancias de sus malas acciones, tratando de ser buenos con posterioridad. Usted ve, Fra Girolamo, que, a diferencia de usted, no considero que la política es una lucha por la rectitud y por una República ideal contra la tiranía del mal absoluto, y deseo que las instituciones políticas se contrapongan contra este mal, antes que las instituciones encaminadas a generar un bien positivo. No se nada acerca de la vida futura, si ella existe o no. Pero podemos aprender algo acerca de esta vida en tierra, a condición de que emprendamos caminos correctos. El camino para conocer esta vida es estudiar historia, no encontrar lo que queremos encontrar, sino encontrar lo que hay allí, comprobar cuáles causas producen determinados efectos, o más bien, lo que suele ser una consecuencia regular de determinados géneros de acciones y de determinada política. Ello nos enseñará cómo son los hombres, cómo es la vida y cómo será probablemente el futuro. Ello nos demuestra cómo lograr nuestras metas. Elegimos nuestras metas, y cuando exista libertad, podemos per-

seguirlas. Si conocemos historia, podemos perseguirlas juiciosamente.

Savonarola. Es más importante que las elijamos con cordura, en otros términos, que elijamos las metas que Dios en su sabiduría infinita nos ha señalado. Usted, Señor Machiavelli, habla del valor del estudio: usted elegiría cómo su guía la historia, la filosofía y la ciencia, pero esto no es en lo que Cristo creía. El nos enseñó a ser pequeños niños. Se que los filósofos han ensalzado a Dios, pero no del mismo modo que los niños. Los filósofos ensalzan a Dios de acuerdo con la luz del mundo, en tanto que los niños lo ensalzan de acuerdo con la luz del cielo. ¿Para qué sirve la ciencia si perdemos la simplicidad del corazón? La sofisticación de la mente, al igual que las riquezas, puede ser obstáculo para entrar en el reino del cielo. Usted es un sabio, Señor Machiavelli. Pero ¿de qué le sirvió en su vida la sabiduría, salvó que le trajo al demonio del escepticismo y la duda? No le llamaré ateo, puesto que usted no lo es. Usted es pagano. Los paganos que nunca han oído hablar de Dios se escapan de la perdición, pero no los paganos que han oído hablar de Él y se han negado a escuchar.

Machiavelli. No soy más sabio que usted, Fra Girolamo. Soy un sabio de género diferente, eso es todo.

Savonarola. Usted se olvidó de la simplicidad.

Machiavelli. Si la simplicidad significa la falta de conocimientos, uno no puede adquirirlos y al mismo tiempo guardar simplicidad.

Savonarola. Es una cualidad del corazón. Es algo que yo estimo y usted desprecia. Pero esto no es la mayor diferencia entre nosotros. La verdad crucial, Señor Machiavelli, es que usted no ama a Dios. Así usted, con toda su historia y ciencia, nunca podrá entender ni apreciar lo que yo creo.

Machiavelli. Y usted Fra Girolamo, no quiere este mundo, o esta vida; así, quizá, usted nunca pueda apreciar lo que yo creo. Quizá nuestro destino sea no entendernos uno a otro.